


FR. DIEGO DE LANDA, O.F.M.

Nació en la Villa de Cifuentes, Alcarria, España en 1524. Falleció como Obispo de Mérida, Yucatán, el 29 de abril de 1579.

Celoso misionero que se distinguió por su excesivo esmero en extirpar las prácticas y creencias idolátricas en la península de Yucatán.

Recibió el hábito de San Francisco en el convento de San Juan de los Reyes de Toledo a los 16 años. Ahí, en el reino de Castilla, estudió filosofía y teología hasta el año de 1549, fecha en la cual se embarcó hacia la Nueva España. A partir de su llegada, y durante casi treinta años (con algunas interrupciones), se entregó a la evangelización de los indígenas radicados en la península. En un acto de fe en Maní, quemó varios códices de incalculable valor histórico. Esta acción motivó tal descontento que tuvo que regresar a España a petición de las altas autoridades encargadas de los asuntos de ultramar. Cuando se encontraba en retiro voluntario en el convento de San Antonio de la Cabrera, el rey Felipe II vuelve a solicitar sus servicios en la Nueva España. En esta ocasión fue designado Obispo de Yucatán. Inmediatamente se presentó ante el rey y la corte para después recorrer los diversos monasterios con el objetivo de formar un grupo de treinta religiosos que le acompañasen en sus futuras labores en la península. Ocupó el cargo de Obispo de Yucatán a partir de 1573 hasta su muerte. Durante su estancia en Yucatán, convivió de cerca con los indígenas a los cuales no sólo los ayudó en contra de los excesos cometidos por los encomenderos y terratenientes, sino que escribió la obra más valiosa que existe acerca de las antiguallas mayas. Esta obra se intitula *Relación de las cosas de Yucatán*, la cual fue descubierta y publicada en 1864 por el abate Brasseur de Bourbourg. La edición de Brasseur ha sido publicada posteriormente en numerosas ocasiones y en diversos idiomas con comentarios de los mayólogos más renombrados. Entre otras ediciones son de mencionar la de Alfred M. Tezzer, quien hizo la versión inglesa en Cambridge en 1941 y la de Angel Ma. Garibay en México en la Librería Porrúa Hnos. en 1959. La muerte de Diego de Landa fue sobre todo sentida por “los indios, entre quienes quedó memoria –a decir del padre Lizana y comentado por Diego López de Cogolludo- en sus lamentaciones perpetuas, cuyo tránsito compusieron tres endechas (que aún cantaban al tiempo que dio la estampa su devocionario) con canto tan lastimoso y tal tristeza, que aun la causaban a los que no los entendían.” Una vibrante semblanza de la obra de Diego de Landa en Yucatán se encuentra en el Libro Sexto de Diego López Cogolludo titulado *Historia de Yucatán*, editada por vez primera en 1688.

Fuente: Fray Diego de Landa, *Relación de las cosas de Yucatán*. Precedida de una Nota sobre la vida y la obra de Fray Diego de Landa, escrita por don Alfredo Barrera Vázquez y seguida de un apéndice que contiene la reimpresión de diez relaciones de las escritas por los encomenderos de Yucatán en los años de 1579 y 1581. Mérida, Yucatán, E.G. Triay e Hijos, Imps. 1938: 35-44.

LOS INDIOS DE YUCATÁN

Que la manera de hacer las casas era cubrirlas de paja, que tiene muy buena y mucha o con hojas de palma, que es propia para esto, y que tenían muy grandes corrientes para que no se lluevan, y que después echan una pared por medio al largo que divide toda la casa, y que en esta pared dejan algunas puertas para la mitad que llaman las espaldas de la casa, donde tienen sus camas; y que la otra mitad blanquean de muy gentil encalado, y que los señores las tiene pintadas de muchas galanterías, y que esta mitad es el recibimiento y aposento de los huéspedes, y que en esta pieza no tiene puerta sino toda abierta conforme al largo de la casa, y baja mucho la corriente delantera por amor de los soles y aguas, y dicen también

para enseñorearse de los enemigos de la parte de dentro en tiempo de necesidad; y que el pueblo a menudo hacía a su costa las casas de los señores, y que con no tener más puertas, tenían por grave delito hacer mal a casas ajenas. Tenían una portecilla atrás para el servicio necesario, y que tienen unas camas de varillas y encima una serilla donde duermen, cubiertos de sus mantas de algodón; en verano duermen comúnmente en los encalados de una de aquellas serillas, especialmente los hombres. Allende de la casa hacían todo el pueblo a los señores sus sementeras, y se las beneficiaban y cogían en cantidad que le bastaba a él y a su casa; y cuando había cazas o pescas, o era tiempo de traer sal, siempre daban parte al señor, porque estas cosas siempre las hacían en comunidad.

Si moría el señor, aunque le sucediese el hijo mayor, eran siempre los demás hijos muy atacados y ayudados y tenidos por señores, a los demás principales inferiores del señor ayudaban en todas estas cosas, conforme a quien era o conforme al favor que el señor les daba. Los sacerdotes vivían en sus oficios y ofrendas. Los señores regían el pueblo, concertando los litigios, ordenando y concertando las cosas de las repúblicas, lo cual todo hacían por manos de los más principales que eran muy obedecidos y estimados, especial la gente rica, a quien visitaban y tenían palacio en sus casas, donde concertaban las cosas y negocios principalmente de noche; y si los señores salían del pueblo, llevaban mucha compañía, y lo mismo cuando salían de sus casas.

Que los indios de Yucatán son gente bien dispuesta, y altos y recios y de muchas fuerzas y comúnmente todos estevados, porque en su niñez, cuando las madres los llevaban de una parte a otra, van ahorcajados en los cuadriles. Tenían por gala ser biscos, lo cual hacían por arte las madres, colgándoles del pelo un pegotillo que les llegaba en medio de las cejas desde niños, y alcanzando los ojos siempre, como les andaba allí jugando, venían a quedar biscos; y que tenían las cabezas y frentes llanas, hecho también de sus madres por industria desde niños, y que traían las orejas horadadas para zarcillos y muy arpadas de los sacrificios. No criaban barbas, y decían que les quemaban los rostros sus madres con paños calientes siendo niños, porque no les naciesen, y que ahora crían barbas, aunque muy ásperas como cerdas de rocines.

Que criaban cabello como las mujeres; por lo alto quemaban como una buena corona, y así crecía lo de debajo mucho y lo de la corona quedaba corto, y que lo entrelazaban y hacían una guirnalda de ello en torno de la cabeza, dejando la colilla atrás como borlas.

Que todos los hombres usaban espejos y no las mujeres; y que para llamarse cornudos, decían que su mujer le había puesto el espejo en el cabello sobrando del colodrillo.

Que se bañaban mucho, no curando de cubrirse de las mujeres sino cuanto podía cubrir la mano.

Que eran amigos de buenos olores, y que por esto usan ramilletes de flores y yerbas olorosas, muy curiosos y labrados; que usaban pintarse de colorado el rostro y el cuerpo, y les parecía muy mal pero teníanlo por gran gala.

Que su vestido era un listón de una mano de ancho, que les servía de bragas y calzas, y que se daban con él algunas vueltas por la cintura, de manera que el un cabo colgaba delante y el otro detrás; y que estos cabos les hacían sus mujeres con curiosidad y labores de pluma; y que traían mantas largas y cuadradas, y las ataban en los hombros, y que tenían sandalias de cáñamo o cuero de venado por curtir seco, y no usaban otro vestido.

Que el mantenimiento principal era el maíz, del cual hacen diversos manjares y bebidas, y aun bebido como lo beben les sirve de comida y bebida; y que las indias echan el

maíz a remojar una noche antes en cal y agua, y que a la mañana esta blando y medio cocido, y de esta manera se les quita el hollejo y el pezón, y que lo muelen en piedras, y que de lo medio molido dan a los trabajadores y caminantes y navegantes grandes pelotas y cargas; y que dura, con sólo acedarse, algunos meses, y que de aquello toman una pella y deslíenla en un baso de la cáscara de la fruta que cría un árbol, con el cual les proveyó Dios de vasos, y que se beben esa substancia y se comen lo demás, y es sabroso y de gran mantenimiento; y que de lo más molido sacan leche y la coajan al fuego, y hacen como poleadas para las mañanas, y que lo beben caliente, y que sobre lo que sobra de las mañanas echan agua para beber entre día, porque no acostumbran beber agua sola; que también lo tuestan y muelen y deslíen el agua, que es muy fresca bebida, echándole un poco de pimienta de Indias o cacao.

Que hacen del maíz y cacao molido una manera de espuma muy sabrosa con que celebran sus fiestas, y que sacan del cacao una grasa que parece mantequillas, y que de esto y del maíz hacen otra bebida sabrosa y estimada, y que hacen otra bebida de la substancia del maíz molido así crudo, que es muy fresca y sabrosa.

Que hacen pan de muchas maneras, bueno y sano, salvo que es malo de comer cuando esta frío, y así pasan las indias trabajo en lo que hacer dos veces al día. Que no se ha podido acertar a hacer harina que se amase como la del trigo, y que si alguna vez se hace como pan de trigo, no vale nada.

Que hacen guisados de legumbres y carne de venados y aves monteses y domésticas, que hay muchas, y de pescados que hay muchos; y que así tienen buenos mantenimientos, principalmente después que crían puercos y aves de Castilla,

Que por la mañana toman la bebida caliente con pimienta, como esta dicho, y entre día las otras frías, y a la noche los guisados; y que si no hay carne, hacen sus salsas de la pimienta y legumbres. Que no acostumbran comer los hombres con las mujeres, y que ellos comían por sí en el suelo o, cuando mucho, sobre una serilla por mesa; y que comen bien cuando lo tienen; y cuando no, sufren muy bien la hambre y pasan con muy poco, y que se lavan las manos y la boca después de comer.

Labrándose los cuerpos; y cuanto más, tanto más valientes y bravosos se tenían, porque el labrarse era gran tormento, era de esta manera: Los oficiales dello labraban la parte que querían con tinta, y después sejíbanle delicadamente las pinturas y así con la sangre y la tinta quedaban en el cuerpo las señales, y que se labraban poco a poco por el tormento grande, y también se (ponían) después malos, porque se les enconaban las labores y hacíase materia; y que con todo eso, se mofaban de los que no se labraban; y que se precian muchos de ser requebrados y tener gracias y habilidades naturales; y que ya comen y beben como nosotros.

Que los indios eran muy disolutos de beber y emborracharse, de que les seguían muchos males, como matarse unos a otros, violar las camas, pensando las pobres mujeres recibir a sus maridos, también con padres y madres como en casa de sus enemigos, y pegar fuego a sus casas, y que con todo eso se perdían por emborracharse; y que cuando la borrachera era general, y de sacrificios, contribuían todos para ello, porque cuando era particular, hacía el gasto el que la hacía con ayuda de sus parientes; y que hacen el vino de miel y agua y cierta raíz de un árbol que para esto criaban, con lo cual se hacía el vino fuerte y muy hediondo; y que con bailes y regocijos, comían sentados de dos en dos o de cuatro en cuatro; y que después de comido, sacaban los escanciados (escanciadores), los cuales no solían emborrachar, de unos grandes artesones, de beber hasta que se hacían unas

cimitaras; y que las mujeres tenían mucha cuenta de volver con sus maridos borrachos a casa.

Que muchas veces gastan en un banquete lo que en muchos días mercadeando y trompeando ganaban, y que tiene dos maneras de hacer estas fiestas: la primera, que es de los señores y de gente principal, obliga a cada uno de los convidados a que hagan otro tal convite, y que dan a cada uno de los convidados una ave asada y pan y bebida de cacao en abundancia, y que al fin del convite suelen dar a cada uno una manta para cubrirse y un banquillo y vaso más galano que pueden; y si se muere uno de ellos, es obligada a pagar el convite la casa o los parientes de él. La otra manera, es entre parentelas, cuando casan sus hijos, convida; y que sienten mucho la amistad y conservan (la), aunque lejos unos de otros, con estos convites; y que en las fiestas, les daban a beber mujeres hermosas, las cuales después, dado el vaso, volvían las espaldas al que lo toma hasta vaciado el vaso.

Que los indios tienen recreaciones muy donosas y principalmente farsantes que representan con mucho donaire, tanto que (a) éstos alquilan los españoles para no más que vean los chistes de las españolas que pasan con sus mozas, maridos o ellos propios sobre el buen o mal servir, y después lo representan con tanto artificio como curiosos españoles. Tiene atables pequeños que tañen con la mano, y otro atabal de palo hueco, de sonido pesado y triste; táñenle con un palo larguillo, puesto al cabo cierta leche de árbol, y tienen trompetas largas y delgadas de palos huecos, y al cabo unas largas y tuertas calabazas; y tiene un instrumento de toda la tortuga entera con sus conchas, y, sacada la carne, táñenle con la palma de la mano, y es su sonido lúgubre y triste.

Tienen (silbatos) de huesos de cañas de venado, y caracoles grandes y flautas de cañas; y con estos instrumentos hacen son a los bailantes, y tiene especialmente dos bailes muy de hombre y de ver. El uno es un juego de cañas y así le llaman ellos *Colomché*, que lo quiere decir; para jugarlo, se junta una gran rueda de bailadores con su música que les hacen son, y por su compás salen dos de la rueda, el uno con un manojo de bohordos y baila con ellos enhiesto; el otro baila en cuclillas, ambos al compás de la rueda; y el de los bohordos, con toda su fuerza, los tira al otro, el cual con gran destreza, con un palo pequeño, arrebátalos; acabado de tirar, vuelve con su compás a la rueda y salen otros (a) hacer lo mismo.

Otro baile hay en que bailaban ochocientos y más o menos indios con banderas pequeñas, con son y paso largo de guerra, entre los cuales no hay uno que salga del compás; y en sus bailes son pesados, porque todo el día entero no cesan de bailar, porque les llevan ahí de comer y beber. Los hombres no solían bailar con las mujeres.

Que los oficios de los indios eran olleros y carpinteros, los cuales, por hacer los ídolos de barro y madera con muchos ayunos y observancias, ganaban mucho. Había también cirujanos, o por lo menos, hechiceros, los cuales curaban con yerbas y muchas supersticiones, y así de los demás oficios.

El oficio en que más inclinados estaban es mercadería, llevando sal, ropa y esclavos a tierra de Ulúa y Tabasco, trocándolo todo por cacao y cuentas de piedra, que era su moneda; y con esta solían comprar esclavos o otras cuentas con razón que eran más finas y buenas, las cuales por joyas traían sobre sí en las fiestas de los señores; y tenían otras, hechas de ciertas conchas coloradas por moneda y joyas de sus personas; y lo traían en sus bolsas de red que tenían, y en los mercados trataban de todas cuantas cosas había en esa tierra. Fiaban, prestaban y pagaban cortésmente y sin usuras. Y sobre todo eran los labradores y los que se ponen a coger el maíz y las demás semillas, lo cual guardan en muy

lindos silos y trojes para vender a sus tiempos. Sus mulas y bueyes son la gente. Suelen de costumbre sembrar, para cada casado con su mujer, medidas de CCCC pies, lo cual llaman humuinic, medida de vara con XX pies de ancho y XX en largo.

Que los indios tienen costumbre buena de ayudarse unos a otros en todos los trabajos. En tiempo de sus sementeras, los que no tiene gente suya para las hacer, júntanse de XX en XX, o más o menos, y hacen todos juntos por su medida y tasa la labor de todos, y no lo dejan hasta cumplir con todos. Las tierras por ahora es de común; y así, el que primero las ocupa las posee. Siembran en muchas partes, por si una faltare supla la otra. En labrar la tierra, no hacen sino coger la basura y quemarla para después sembrarla; y desde medio enero hasta abril labran, y entonces, con las lluvias, siembran; lo cual hacen trayendo un talenguillo a cuestras, y con un palo puntiagudo hacen agujero en la tierra y ponen allí cinco o seis granos, lo cual con el mismo palo lo cubren. En lloviendo, espanto es cómo nace. Júntanse también para la caza, de L en L, más o menos, y la carne del venado asan en parrillas porque no se les gaste, y vendidos al pueblo, hacen sus presentes al señor y distribuyen como amigos, y el mismo hacen en la pesca.

Que los indios en sus visitas, siempre llevan consigo don que dar según su calidad; y el visitado, con otro don, satisface al otro, y los terceros de estas visitas hablan y escuchan curiosamente conforme a la persona con quien hablan, no obstante que todos se llaman tú, porque en el progreso de sus pláticas, el menor por curiosidad suele repetir el nombre del oficio o dignidad del mayor; Y usan mucho ir ayudando al que da los mensajes un sonsonete hecho con la aspiración de la garganta, que es como decir *bastaqué* o *asiqué*. Las mujeres son cortas en sus razonamientos y no acostumbran a negociar por sí, especialmente si eran pobres, y por eso los señores se mofaban de los frailes que daban oído a los pobres y ricos sin respeto.

Que los agravios que hacían unos a otros mandaba satisfacer el señor del pueblo del dañador; y si no, era ocasión y instrumento de más pasiones; y si eran de un mismo pueblo; con el juez lo comunicaban que era árbitro; y examinado el daño, mandaba la satisfacción; y si no era suficiente para la satisfacción, los parientes y amigos le ayudaban. Las causas de que se solía hacer estas satisfacciones, eran si mataban a alguno casualmente, o cuando se ahorcaban la mujer o el marido con alguna culpa de haberle dado a ello ocasión, o cuando eran causa de algún incendio en las casas o heredades, de colmenas o trojes de maíz. Los otros agravios hechos con malicia, satisfacían siempre con sangre y puñaladas.

Que los yucatecos son muy partidos y hospitales, porque no entra nadie en su casa a quien no den comida o bebida que tienen: de día, de sus bebidas; de noche, de sus comidas; y si no las tiene, búscanlo por la vecindad; y por los caminos, si (se) les junta la gente, a todos han de dar de ellas, aunque les quepa por eso mucho menos.

Que su contar es de V. en V. hasta XX, y de XX en XX hasta C. y de C. en C. hasta 400, y de CCC. en CCC. hasta VIII mil. Y de esta cuenta se servían mucho para la contratación del cacao. Tiene otras cuentas muy largas, y que las protienen (extienden) in finitum, contando las VIII mil XX veces, que son los C y LX mil; y tornando a XX, duplican estos cientos y LX mil, y después irlo así XX duplicando, hasta que hacen un incontable número: cuentan en el suelo o en cosa llana.

Que tiene mucha cuenta con saber el origen de sus linajes, especial si viene de alguna casa del Mayapán; y eso procuran de saberlo los sacerdotes, que es una de sus ciencias, y jáctanse mucho de los varones que en sus linajes ha habido señalados.

Los nombres de los padres duran siempre en los hijos; en las hijas no. A sus hijos e hijas siempre llaman del nombre del padre y de la madre; el del padre como propio, y de la madre apelativo, de esta manera: el hijo de Chel y Chan llamaban Na-Chan-Chel, que quiere decir hijo de fulanos, y esta es la causa que dicen los indios son los de un nombre deudos y se tratan por tales; por eso, cuando vienen en parte no conocida y necesitado, luego acude al nombre, y si hay quien, luego con toda claridad le reciben y tratan; y así ninguna mujer o hombre se casaba con otro del mismo nombre, porque era a ellos gran infamia. Llámense ahora los nombres de pila y los propios.

Que los indios no admitían las hijas a heredar con los hermanos sino era por vía de piedad o voluntad y, entonces, dábanles del montón algo; lo demás, partían los hermanos igualmente, salvo que al que más notablemente había ayudado allegar la hacienda dábanle equivalencia; y si eran todas hijas, heredaban los hermanos o más propincuos; y si eran de edad que no se sufría entregar la hacienda, entregábanla a un tutor deudo más cercano, el cual daba a su madre para criarlos, porque no usaban de dejar nada en poder de madres, o quitábanles los niños, principalmente siendo los tutores hermanos del difunto. Estos tutores daban lo que así se les entregaba a los herederos cuando eran de edad; y no hacerlo, era gran fealdad entre ellos y causa de muchas contiendas. Cuando así lo entregaban, era delante de los señores y principales, quitando lo que habían dado para los criar, y no daban de las cosechas de las herederas nada más, como eran de colmenares y algunos árboles de cacao, porque decían que era harto tenerle en pie. Si cuando el señor moría no eran los hijos para regir y tenía hermanos, regía de los hermanos el mayor o el más desenvuelto, y al heredero mostraba sus costumbres y fiestas para cuando fuese hombre; y estos hermanos, aunque el heredero fuese a regir, mandaban toda su vida; y si no había hermanos, elegían los sacerdotes y gente principal un hombre suficiente para ello.

Que antiguamente se casaban a XX años; ahora de XII o XIII; y por eso ahora se repudian más fácilmente como se casan sin amor y ignorar de la vida matrimonial y oficio de casados; y si los padres no podían persuadir que viviesen con ellas, buscábanles otra y otra y otras. Con la misma facilidad dejaban los hombres con hijos a sus mujeres, sin temor de que otro las tomase por mujeres o después volver a ellas; pero con todo esto, son muy celosos y no llevan a paciencia que sus mujeres no les estén honestas; y ahora que han visto que los españoles sobre eso matan a las suyas, empiezan a maltratarlas y aún a matarlas. Si cuando repudiaban los hijos eran niños, dejábanlos a las madres; si grandes, los varones con los padres y hembras con las madres.

Que aunque era tan común y familiar cosa repudiar, los ancianos y de mejores costumbres lo tenían por malo; y muchos había que no habían tenido sino una, la cual ninguno tomaba del su nombre, de parte de su padre; ca era cosa muy fea entre ellos; y si algunos se casaban con las cuñadas, mujeres de sus hermanos, era tenido por malo. No se casaban con sus madrastras, ni cuñadas, hermanas de sus mujeres, ni tías, hermanas de sus madres; y si alguno lo hacía, era tenido por malo; con todas las demás parientas de parte de su madre contraían, aunque fuese prima hermana.

Los padres tienen mucho cuidado de buscarles con tiempo mujeres de su estado y condición, y, si podían, en el mismo lugar; y poquedad era entre ellos buscar las mujeres para sí, y los padres para sus hijas casamiento; y para tratarlo buscaban casamenteros que los rodeasen; concertado y tratado, concertaban las aras y dote, lo cual era muy poco, y dábalo el padre del mozo al consuegro, y hacía la suegra, allende del dote, vestido a la nuera y hijo; y venido el día, se juntaban en casa del padre de la novia y allí, aparejada la

comida, venían los convidados y el sacerdote; y juntando los casados y consuegros trataba el sacerdote cuadrarles, pues lo habían bien mirado los suegros y estarles bien; y así le daban su mujer al mozo esa noche, si era para ello, y luego se hacía la comida y convite; de ahí en adelante, quedaba en casa del suegro el yerno, trabajando cinco o seis años por el suegro; y si no lo hacía, echábanle de casa y trabajaban las madres diese siempre la mujer de comer y beber al marido en señal de casamiento. Los viudos y viudas, sin fiesta, ni solemnidades se concertaban; con sólo ir ellos a casa de ellas y admitirlos y darles de comer, se hacía el casamiento; de lo cual nacía que se dejaban con tanta facilidad como se tomaban. Nunca los yucatecos tomaron más de una como se ha hallado en otras partes tener muchas juntas; y los padres algunas veces contraen matrimonio por sus hijos niños, hasta que sean venidos en edad y se tratan como suegros.